



CAPÍTULO UNO

El final de nuestro último receso de invierno se siente como el inicio de una vuelta olímpica. Ya completamos siete semestres en la carrera de la secundaria y nos queda uno final; simbólico, si me lo preguntan. Quisiera celebrar como un chico promedio: con tiempo a solas y algunas horas perdidas en la madriguera de YouTube. Por desgracia, nada de eso ocurrirá.

Desde el otro extremo de la cama, Autumn está mirándome fijo, a la espera de una explicación.

Todavía no completé mi cronograma de asignaturas, las clases reinician en dos días, todas las buenas se llenan rápido y “esto es típico de ti, Tanner”.

No es que se equivoque, sí es típico de mí. Pero no es mi culpa que en esta relación ella sea la hormiga y yo sea la cigarra. Siempre ha sido así.

–Todo está bien.

–Todo está bien –repite y baja el lápiz–. Deberías poner eso en una camiseta.

Ella es mi roca, mi lugar seguro, lo mejor de lo mejor; solo que cuando se trata de la escuela, es increíblemente controladora. Antes de responder, giro en su cama para mirar al techo. Para su cumpleaños de segundo año (poco después de que me mudara aquí y ella me tomara bajo su ala), le di un afiche de un gato saltando hacia una cubeta llena de ovillos de lana, que sigue ahí hasta el día de hoy. Es un gatito adorable, pero creo que, para tercer año, la dulzura inocente fue consumida por la excentricidad inherente de la imagen. Entonces, adherí cuatro Post-it sobre la frase motivacional original “¡ZAMBÚLLETE, GATITO!” y escribí lo que creí que el creador quiso decir: “¡NO SEAS COBARDE!”. Ella debió estar de acuerdo con la edición, porque siguen ahí.

–¿Por qué te preocupa? –replico al voltear la cabeza para mirarla–. Es *mi* cronograma.

–No estoy *preocupada* –sentencia mientras mastica un puñado de galletas–. Pero sabes lo rápido que se llenan las asignaturas y no quiero que termines en Química Orgánica con Hoye, porque da el doble de tarea y eso afectaría mi vida social.

Es una verdad a medias. Tener a Hoye en Química sí reduciría su vida social (yo soy el que tiene automóvil, por lo que suelo ser su chofer), pero lo que odia en realidad es que deje las cosas para último momento y luego logre lo que quiero de todas formas. Ambos somos buenos estudiantes a nuestro modo; estamos en el cuadro de honor y tuvimos excelentes resultados en los exámenes de nivel. Sin embargo, mientras que con la tarea Autumn es como un perro con su hueso, yo



soy como un gato tomando sol en la ventana: si la tarea está al alcance y hace algo interesante, estaré encantado de prestarle atención.

—Claro, tu vida social es nuestra prioridad. —Cambio el peso y sacudo una hilera de migajas que se me pegaron al antebrazo y dejaron su marca; puntos rojos diminutos en la piel, como los que dejaría la gravilla. Le serviría dedicar un poco de su obsesión a la limpieza de su cuarto—. Autumn, santo cielo, eres un cerdo. Mira esta cama.

Responde metiéndose otro puñado de galletas en la boca, que deja otro rastro de migajas sobre sus sábanas de la Mujer Maravilla. Tiene el cabello rojizo recogido con descuido sobre la cabeza y usa el mismo pijama de Scooby-Doo que tiene desde los catorce. Todavía le queda... a duras penas.

—Si alguna vez traes a Eric aquí, quedará horrorizado.

Eric es uno de nuestros amigos, uno de los pocos compañeros no mormones en nuestra clase. Creo que, en realidad, sí es mormón, al menos sus padres lo son. Son lo que la mayoría describiría como “Jack Mormon” o mormones a medias. Beben (alcohol y cafeína), pero participan bastante en la iglesia. “Lo mejor de dos mundos” dice él; aunque es evidente que los otros estudiantes devotos de los Santos de los Últimos Días (o SUD) de la Secundaria Provo no están de acuerdo. En los círculos sociales, ser Jack es lo mismo que no ser mormón en absoluto. Como yo.

Vuelan migajas de galleta cuando mi amiga se ahoga, con repulsión fingida.

—No quiero a Eric cerca de mi cama.

Pero aquí estoy yo, recostado con ella. Que su madre me deje entrar en la habitación siquiera es prueba de lo mucho que confía en mí. Aunque quizás se deba a que puede notar que nada pasará entre nosotros.

Pasamos por eso una vez, durante el receso de invierno de segundo año. Yo llevaba cinco meses en Provo, y la química entre nosotros había sido inmediata (alimentada por la cantidad de clases en común y por la comodidad que compartíamos al ser desertores para nuestros compañeros mormones). Por desgracia, la química de mi parte terminó cuando llegamos a la instancia física. Por alguna clase de milagro, pudimos superar la incomodidad posterior en la relación, y no estoy dispuesto a arriesgarme otra vez.

Ella parece tomar consciencia de nuestra cercanía en el mismo momento que yo, porque se endereza y se baja la camiseta del pijama sobre el torso. Yo me siento y apoyo la espalda sobre la cabecera: una posición segura.

—¿Qué tienes para el primer período?

—Literatura Moderna con Polo —responde leyendo su cronograma.

—Yo también. —Le robo una galleta, que logro comer sin derramar migajas (como un humano civilizado). Tras analizar mi hoja con el dedo índice, me siento bastante bien con el resultado—. Creo que mi cronograma no está nada mal. Solo me falta algo para el cuarto período.

—Podrías agregar el Seminario —sugiere entre aplausos alegres.

Sus ojos son como faros que destellan en la habitación oscura; ha querido inscribirse desde el primer año de secundaria. El Seminario (no bromeo, cuando la escuela lo menciona en anuncios o boletines, lo hace con mayúsculas), es tan pretencioso que resulta irreal. ESCRIBE UN LIBRO EN UN SEMESTRE anuncia el catálogo con orgullo, como si solo en esa clase fuera posible. Como si ninguna persona promedio pudiera reunir suficientes palabras en *cuatro meses*. Cuatro meses son toda una vida.



Para inscribirse, los estudiantes deben haber completado al menos un curso avanzado de Lengua y tener al menos un tres setenta y cinco de promedio en las calificaciones del año anterior. Aunque eso incluía a diecisiete alumnos tan solo en nuestro curso, el profesor solo acepta a catorce.

Hace dos años, el *New York Times* escribió un artículo en el que lo describió como “un curso ambiciosamente brillante, dirigido sabiamente y con dedicación por el profesor, récord de ventas, Tim Fujita”. Sé la cita exacta porque imprimieron el artículo aumentado alrededor de cinco mil veces más que el original y lo enmarcaron en la oficina principal. Me quejo con frecuencia por el abuso criminal de adverbios terminados en “mente” algo que Autumn dice que me vuelve ruin. El año pasado, un chico del último curso llamado Sebastian Brother tomó el Seminario, y una editorial importante compró su manuscrito. Ni siquiera sé quién es, pero escuché su historia cientos de veces: *¡Es hijo de un obispo! ¡Escribió una novela de fantasía! Según dicen, es increíble.* El señor Fujita se la envió a su agente, que se la envió a alguien en Nueva York, donde hubo una especie de guerra para publicarla y luego, *pum*, Sebastian ingresó a la Universidad Brigham Young y, al parecer, está postergando su misión para hacer una gira con el libro y convertirse en el próximo Tolkien o L. Ron Hubbard. Aunque supongo que a algunos mormones les molestaría la comparación; no les gusta que los metan en la misma bolsa que a cultos como la Cienciología. Pero claro, a los científicos tampoco.

Como sea, ahora (además del equipo de fútbol de Brigham y de la multitud de mormones), cuando alguien menciona Provo, de lo único que habla es del Seminario.

—¿Tú te inscribiste? —confirmo, aunque no me sorprenda. Esa clase

es todo para Autumn y, además de cumplir con los requerimientos *reales*, ha estado devorando novelas sin parar, con esperanzas de poder escribir la suya. Cuando asiente, su sonrisa se extiende como un mar radiante—. ¡Genial!

—Tú también podrías hacerlo si hablas con el señor Fujita. Tienes las calificaciones necesarias y eres buen escritor. Además, él ama a tus padres.

—Mm, no. —Espero recibir cartas de aceptación a la universidad en cualquier lugar, menos aquí (mi madre me *suplicó* que solo enviara solicitudes fuera del estado), y la confirmación de cualquiera de ellas estará condicionada por mis calificaciones del último semestre. Por más fácil que lo considere, no es hora de tomar riesgos.

—¿Porque así tendrías que terminar algo? —pregunta mientras se muerde una uña.

—Terminé con tu mamá hace un rato. Sabes a lo que me refiero.

Me castiga jalando el vello de mi pierna, por lo que suelto un grito demasiado femenino.

—Tanner —advierte y se sienta en la cama—. Hablo en serio. Sería bueno para ti. Creo que deberías tomar la clase conmigo.

—Lo dices como si quisiera hacerlo.

—Es *el Seminario*, idiota. Todos quieren hacerlo —sentencia fulminándome con la mirada.

¿Lo ven? Tiene al curso en un pedestal, y es algo tan de niños que me preocupa un poco la futura Autumn, cuando salga al mundo a enfrentar sus batallas intelectuales de chica estilo Hermione.

—Está bien —concedo con mi mejor sonrisa.

—¿Te preocupa que no se te ocurra nada original? Podría ayudarte —ofrece.



—Oye, me mudé aquí cuando tenía quince (creo que ambos coincidimos en que es el peor momento para mudarse de Palo Alto, California, a Provo, Utah), con frenos en la boca y sin amigos. Tengo historias propias.

Sin mencionar que soy un chico cis queer mitad judío en una ciudad mormona.

Aunque ni siquiera frente a ella menciono esa parte. A los trece, en Palo Alto, no fue gran cosa descubrir que la idea de besar chicos me atraía tanto como la de besar chicas. Sin embargo, aquí sería algo enorme. Ella es mi mejor amiga, es verdad, pero no quiero arriesgarme a contárselo y descubrir que solo es progresista en la teoría, no cuando un chico queer está en su habitación.

—Todos tuvimos frenos, y tú me tenías a mí. —Vuelve a desplomarse en la cama—. Además, todos odian tener quince, Tanner. Viene con emergencias menstruales, erecciones en la piscina, acné, angustia, inseguridad social. Te aseguro que diez de los quince estudiantes de la clase escribirán sobre los pesares de la secundaria por falta de fuentes de inspiración más profundas.

Un vistazo rápido al archivo de mi pasado me provoca una sensación inquietante y me pone a la defensiva, como si, tal vez, ella tuviera razón. Quizás no podría pensar en nada interesante y profundo, y la ficción debe surgir de algo profundo. Tengo padres que me apoyan (quizás al extremo), una familia numerosa, loca pero increíble, una hermana que no está mal, aunque es emo, mi propio automóvil. No he pasado por muchos traumas.

Entonces, rehúyo a la situación pellizcándole la pantorrilla.

—¿Y qué te hace tan profunda a tí?

Es una broma, claro, Autumn tiene mucho sobre lo que puede

escribir. Su padre murió en Afganistán cuando ella tenía nueve años. Luego su madre, enfadada y con el corazón roto, cortó los lazos con la iglesia SUD, algo que en esta ciudad es una deserción terrible. Más del noventa por ciento de los habitantes son parte de los Santos de los Últimos Días, y ser cualquier otra cosa te deja fuera del círculo social de inmediato. Y a eso hay que sumar el hecho de que solo con el salario de la señora Green, ella y Autumn apenas se las apañan.

–Entiendo por qué no quieres hacerlo –afirma y me mira sin emoción–. Es mucho trabajo y tú eres perezoso.

Autumn me forzó a inscribirme a esta estúpida clase y ahora, mientras conduzco a la escuela el lunes después del receso, está crispada y molesta porque le anuncié que me aceptaron.

Siento el calor de su mirada en la mejilla al girar en Boulevard Bulldog.

–¿Fujita firmó tu tarjeta sin más? ¿Así de fácil?

–Auddy, es una locura que te molestes por esto. Lo ves, ¿cierto?

–Y... ¿lo harás? –Ignora la pregunta retórica y desvía la vista al frente–. ¿Lo harás?

–Sí, ¿por qué no? –Ingreso al estacionamiento para estudiantes en busca de un lugar cercano a la puerta, pero llegamos tarde, por supuesto, y no hay ningún lugar conveniente, así que aparco atrás del edificio.

–Tanner, ¿sabes lo que es?

–Asisto a esta escuela, ¿cómo podría no saber lo que es el Seminario? Me dedica una mirada molesta por mi tono burlón que odia.



–Tendrás que escribir un libro. *Un libro entero*.

Cuando pierdo la paciencia, mi reacción es tibia, como era predecible: abro la puerta con un poco más de brusquedad de la habitual en el día helado.

–¿Qué demonios, Auddy? Tú me animaste a hacerlo.

–Sí, pero no deberías aceptarlo *si no quieres*.

–Entonces, ¿por qué me llamaste perezoso? –Recurro a mi mejor sonrisa otra vez, la que sé que le gusta. Y sé que no debería hacerlo, pero bueno, cada uno usa las herramientas disponibles.

–Eres tan afortunado y ni siquiera lo sabes. –Ella suelta el gruñido salvaje que creo que a mí me gusta. Pero la ignoro y busco mi mochila en el maletero. Es demasiado confusa—. Entiendes lo que quiero decir, ¿no? Es demasiado fácil para ti –continúa al seguirme—. Yo tuve que inscribirme, hacer una entrevista con él y hasta *denigrarme*. Mientras que tú entraste a la oficina y saliste con la forma firmada.

–Así fue. Entré a su oficina, conversé con él un rato, le hablé de mis padres, y *luego* firmó mi forma. –Recibo silencio en respuesta y, al girar la cabeza, descubro que camina en otra dirección, hacia la entrada lateral—. ¡Te veré en el almuerzo, mejor amiga! –exclamo, y ella me enseña el dedo medio.

El corredor calefaccionado es el paraíso, pero hay demasiado ruido y el suelo está resbaladizo por la nieve sucia arrastrada por las botas. Voy rechinando por el corredor hasta mi casillero, ubicado entre el de Sasha Sanderson y el de Jack Thorne, dos de los estudiantes más atractivos y agradables de la Secundaria Provo.

En términos sociales, la situación es variada. Aún después de dos años y medio, siento que soy el chico nuevo, probablemente porque la mayoría de los estudiantes asisten a la misma escuela desde

el jardín de niños y viven a poca distancia; eso implica que están en la misma congregación y se ven en miles de actividades de la iglesia. Yo, en cambio, tengo a Auddy, a Eric y a algunos amigos que son mormones, pero relajados, así que no nos vuelven demasiado locos y a sus padres no les preocupa que los corrompamos. Durante mi primer año de secundaria en Palo Alto, tuve una especie de relación con otro chico por unos meses, tenía todo un grupo de amigos a los que conocía desde niños y que ni siquiera parpadearon cuando me vieron de la mano con Gabe. Desearía haber apreciado más la libertad en ese entonces.

Las chicas de aquí me coquetean, claro, pero la mayoría son mormonas y nunca, ni en un millón de años, podrían salir conmigo. Los padres esperan que sus hijos se casen en su templo y eso no puede ocurrir con alguien como yo, que no soy miembro de la congregación. A menos que me convierta, lo que... *nunca* sucederá. Tomaré a Sasha como ejemplo; siento que hay algo entre nosotros, ella coquetea y se acerca mucho, pero Autumn insiste en que no llegaría a ningún lado. A mayor escala, lo mismo aplica a mis posibilidades con los chicos, sean o no mormones; no puedo probar esas aguas en Provo. Me gusta Jack Thorne desde segundo año, pero está fuera de los límites por tres razones importantes: 1) es hombre, 2) es mormón, 3) está en Provo.

Esta mañana antes de enojarse, sin explicación, Auddy me dio una plancha de calcomanías brillantes de dinosaurios, que guardé sin hacer preguntas. Ella acostumbra a darme cosas que me servirán en algún momento indeterminado, y aprendí a aceptarlo. Descubro el propósito de las calcomanías al abrir mi casillero: soy muy malo para recordar mis cronogramas de clases A y B (la escuela alterna el cronograma y cambia los días de clases). Cada semestre tengo que pegar el



cronograma vigente en mi casillero y, en cada oportunidad, no tengo cinta adhesiva cuando llega el momento.

–Eres un genio –comenta Sasha, que se acerca por detrás para ver mejor–. Y Dios, eres adorable. ¡Son dinosaurios! ¿Qué tienes, ocho años, Tanner?

–Autumn me los dio.

Su reacción está implícita en el silencio, en su falta de respuesta. *¿Están juntos o no?* Todos se preguntan si Autumn y yo tenemos algo en secreto. Como de costumbre, dejo la pregunta sin responder. Las sospechas son buenas para mí. Sin querer, Autumn ha sido mi coartada hasta ahora.

–Lindas botas –comento. Tienen un largo sugerente, apenas debajo de la rodilla. Me pregunto a quién querrá llamarle más la atención, a los chicos de la escuela o a sus padres en casa. Al pasar con mis libros, le doy un dinosaurio y un beso en la mejilla.

A pesar de que la Secundaria Provo no es religiosa para nada, a veces parece que lo fuera. Y si hay algo acerca de los mormones que se aprende enseguida es que se enfocan en las cosas positivas. Sentimientos, buenas acciones, alegría, alegría, alegría. Por lo tanto, Literatura Moderna con la señora Polo comienza con un golpe inesperado y definitivamente *infeliz*: el primer libro que leeremos es *La campana de cristal*.

Percibo un murmullo ligero en el salón, al tiempo que los estudiantes giran en sus lugares para lanzarse miradas, con una sintonía tan dramática que sus esfuerzos son en vano. La señora Polo (de cabello alborotado, falda floreada, anillos en los pulgares y todo el combo), hace caso omiso a la conmoción. De hecho, creo que la disfruta. Se mece sobre los talones mientras espera que sigamos leyendo el programa y veamos qué más nos tiene preparado.

La biblia envenenada, de Barbara Kingsolver; *La noche*, de Elie Wiesel. *La insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera. *El castillo de cristal*, de Jeannette Walls. Y así continúa, hasta *Sula*, de Toni Morrison, e incluso las falsas memorias de James Goddamn Frey. Tal vez el más impactante sea *El fuego y la palabra*, de Sinclair Lewis, una novela que trata sobre fanatismo religioso y un escalofriante predicador evangelista. Es bastante alevoso. La señora Polo tiene agallas y, por mi parte, me agrada que sacudan sus cimientos por una vez.

A mi lado, Autumn, que sigue en su guerra de silencio, está rígida y con los ojos desorbitados. Leyó casi todos los libros de la lista, y si la conozco bien, sé lo que está pensando: *¿Estoy a tiempo de cambiarme a Shakespeare con el señor Geiser?*

Voltea hacia mí con los ojos entornados y también lee mi mente. Cuando vuelve a resoplar, no puedo contener la risa que se me escapa.

También leí casi todos los libros. Autumn insistió en que lo hiciera.

Me reclino en la silla, entrelazo los dedos detrás de la nuca y le ofrezco otra sonrisa inocente.

Pan comido. Me espera un semestre muy fácil.